

cinco autores españoles jóvenes que han escrito textos que considero verdaderamente literarios y que son prácticamente desconocidos; es el caso de José María Pérez Álvarez y su novela *Nembrot*, Juan Francisco Ferré y sus libros *Homenaje a Blancanieves* y *I love you Sade*, en los que desarrolla unos juegos literarios maravillosos a la manera de Borges y Poe, o la novela de Antonio Pérez Ramos *El regreso de Artemia*, donde realiza una espléndida parodia del mundo de la universidad.

—¿Por qué cree que los escritores hispanoamericanos asumen el riesgo literario de manera más frecuente que los españoles?

—Creo que se debe a varios factores. El primero es que allí existe un respeto por la literatura y la palabra que en España se ha perdido, además tienen un español más libre que les permite mirar con una cierta distancia la norma académica mientras que el escritor español tiene que realizar una operación individual que le permita desprenderse de esa rémora. Pienso en el caso de Guillermo Cabrera Infante y su novela *Tres tristes tigres* en la que aparece una polifonía de voces realmente sorprendente que él interpreta de un modo natural. Aunque no siempre ocurre así y existen algunos que acuden a la rica tradición de su país para tratar de legitimarse de manera fraudulenta, pienso en el caso de Zoe Valdés que dice «yo he aprendido todo de Lezama Lima», declaración que me deja perplejo porque no veo ni la más ligera sombra de Lezama en lo que escribe Zoe Valdés.

—Apartándonos del ámbito de nuestra lengua, ¿cree usted que en Francia e Inglaterra está ocurriendo algo semejante a lo que ocurre en España?

—En Inglaterra no, pues creo que su nivel literario sigue siendo alto y de gran calidad. En Francia, si uno juzga por la producción actual, pienso que la literatura se encuentra en un nivel muy bajo, es decir, cuando yo comparo lo que era la literatura francesa cuando llegué a París en los años 60 y lo que es ahora, el abismo es terrible, pues se están promocionando obras de muy escasa calidad literaria y confundiendo el texto literario con el producto editorial.

—José Lezama Lima tiene una frase que usted retoma, «la cultura nos permite ver lo sucesivo como simultáneo». ¿Nos podría ampliar esta idea?

—Es una frase maravillosa de un maestro de la poesía y de la novela como Lezama que nos sirve para referirnos a ciertas obras como *La Celestina* y *La lozana andaluza* que poseen una modernidad que circula a través del tiempo y que nos permite afrontar su lectura como si se tratara de obras contemporáneas, situación que Manuel Azaña vio muy bien en un maravilloso ensayo al que me refiero en mi libro *Lucernario*, texto en que habla de la diferencia entre actualidad y modernidad, y en el que se anticipa considerablemente a las teorías de Bajtin al afirmar que una obra no puede vivir en el futuro, sino se apoya en el pasado, pues lo que existe meramente en función del presente está condenado a desaparecer con él.

—Usted ha sido un defensor de la riqueza cultural que existe en la periferia, hasta el punto de que uno de sus artículos periodísticos fue el que dio lugar a que la UNESCO revisará su concepto de cultura e incluyera la defensa del patrimonio oral e inmaterial de la humanidad dentro de su programa. ¿Podría contarnos cómo ocurrió este suceso?

—Fue a raíz de un artículo que escribí sobre la plaza Xemáa El Fná de Marrakech, que se llamaba «Patrimonio oral de la humanidad», el cual apareció publicado en el diario *El País* y en *Le Monde Diplomatique* y fue a caer en las manos del que entonces era director general de la UNESCO, al que le pareció muy interesante el llamado que yo hacía, porque el artículo resaltaba el prodigio de que aún existiera una plaza tan maravillosa como esta, y terminaba con la frase «pero, ¿hasta cuando?». Decidieron entonces ponerse en contacto conmigo para realizar una conferencia de expertos en la oralidad que se celebró en Marrakech y, de esta manera, en distintas reuniones elaboramos este concepto de patrimonio oral e inmaterial de la UNESCO que ha ido cambiando y enriqueciéndose a lo largo de estos últimos años; se trata de reconocer manifestaciones artísticas únicas y de gran valor o espacios culturales como el ya mencionado de la plaza de Marrakech, donde convergen una serie de saberes y tradiciones milenarias como la farmacopea, la magia, la adivinación, el malabarismo e igualmente lenguas en peligro de extinción, manifestaciones que, de no ser miradas con el respeto que merecen, podrían desaparecer.

En la primera proclamación recuerdo que se premió *El misterio de Elche* que es único en el mundo; se trata de una suerte de auto sacramental de Calderón absolutamente maravilloso que se celebra en Elche (Alicante). En la proclamación del año pasado se premiaron candidatu-

ras formidables de Iberoamérica: el día de muertos de México, celebración extraordinaria que no tiene parangón en el mundo, el carnaval de Barranquilla (Colombia), en el que encontramos a los tres grupos étnicos fundamentales de Iberoamérica interactuando y creando una manifestación cultural original y novedosa, y la tumba francesa de Cuba, una tradición de los antiguos esclavos haitianos emigrados a Cuba que se celebra en Santiago.

Una de las expresiones culturales que más me ha impresionado en mi experiencia como jurado de este evento han sido los relatos de arena de Vanuatu; se trata de diagramas arbóreos trazados, o debería decir más bien tejidos con arena, por un maestro sobre la ceniza negra de un volcán, que los jóvenes deben aprender a memorizar porque encierran una cosmogonía de mitos y de fábulas que resulta importante conocer, un discurso efímero pero indispensable para el buen tránsito de la vida a la muerte. Resulta formidable observar las digresiones, giros y juegos visuales que el maestro va trazando ante la atenta mirada de los aprendices en un ritual cíclico que hubiera fascinado a Borges.

*—Ha afirmado que el aprendizaje de una lengua extranjera nos ayuda a descubrir los secretos de la nuestra. Teniendo en cuenta que usted es el primer escritor español que habla el árabe dialectal desde Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita, ¿podría decirnos que misterios del español ha dilucidado a través del árabe?*

—Hablando del árabe dialectal, que es el que conozco, ya que carezco del dominio del árabe clásico, debo decir que su estudio nos permite conocer, sin duda, de un modo más profundo nuestra lengua, sobre todo en lo que se refiere al español medieval, pues aunque el español actual conserva cerca de 4.000 palabras provenientes del árabe muchos términos han caído en desuso; pienso por ejemplo en el verbo *amblar* que significa contonear las caderas y cuya sola pronunciación nos evoca ya el movimiento. Pero el árabe no solo ha influido al español a través de palabras sueltas, sino también en la estructura misma del lenguaje; me refiero a la personalización de verbos intransitivos que se refleja en la imposibilidad de traducir del castellano a ninguna lengua occidental expresiones como anochecí cansado o amanecí borracho, frases que cuando uno aprende el árabe dialectal de Marruecos resultan corrientes, es decir, que hay injertos del árabe dentro de la sintaxis neolatina del castellano. Las revelaciones que nos proporciona el árabe son múltiples. Recuerdo que cuando era niño me preguntaba por

qué llamarían al nacimiento del río Guadiana los ojos del Guadiana y sólo cuando aprendí el árabe fue cuando me di cuenta de que en árabe la palabra ojo significa igualmente manantial u hontanar, o sea que los ojos del Guadiana venían a representar al mismo tiempo el hontanar del río.

—*Ha señalado que España necesita realizar en la cultura una transición semejante a la que ha efectuado en política. ¿Cómo podría llevarse a cabo este proceso?*

—Permitiendo, como señalé en una serie de textos titulados «Nuestra cultura» que publiqué en *El País* hace varios años, que la universidad pueda abrirse a la inteligencia y regirse por el conocimiento, y no por la endogamia y el peloteo, como ocurre actualmente, lo que hace que algunos profesores que tienen conocimientos superiores a los de los catedráticos se vean obligados a ocultar su saber para no suscitar la malquerencia de sus jefes y poder ascender un día en el escalafón. Algo semejante podríamos pedir para el ámbito literario, pues, como nadie ignora, muchos de los premios literarios que otorgan las editoriales están dados de antemano y para obtenerlos es más importante dedicarse al cabildeo que forjar una obra literaria auténtica y rigurosa.